III DOMINGO DE ADVIENTO, CICLO A

UN INDIVIDUO DISLOCADO

Por Pedrojosé Ynaraja

Recuerdo un cuadro muy famoso, que representa al Niño Jesús jugando inocentemente con San Juan y un corderito. Añádase que las escenas del bautismo de Cristo acostumbran a ser también muy dulces. La idiosincrasia del Bautista, su misión, su rectitud y valentía, quedan así desdibujadas. El peregrino "convencional" visita en Tierra Santa el lugar donde tradicionalmente se dice nació. Antiguamente era una población independiente, Ein-Karen, hoy es un barrio, absorbido por la gran Jerusalén israelí. Entra en el santuario, besa una estrella que dice que allí nació el Precursor y con ello se va satisfecho. Diferente es acercarse al "desierto de San Juan" a pocos kilómetros, donde se sitúa su juventud, su educación y su maduración espiritual. O llegarse al lugar del bautismo, situado en la orilla izquierda del Jordán, en el reino de Jordania. Mas impresionante aun, es la fortaleza de Maqueronte, edificada hacia el sur, a unos 30Km, bastante antes de llegar a la famosa Petra. Allí pasaba largas temporadas el tetrarca Herodes Antipas, vigilando la frontera con las tribus nabateas y disfrutando con sus fiestas cortesanas. Nos lo cuenta el historiador Flavio Josefo, contemporáneo suyo. Sería también el edificio, guarnición militar y cárcel, donde, a instancias de la amante del Rey, fue decapitado nuestro héroe.

Si os he contado estos detalles, mis queridos jóvenes lectores, es para que recordéis que, en aquellos tiempos, la fama de Juan era muy grande, más que la de Jesús y que si la misión que le encomendó el Señor era preparar la venida del Mesías, era preciso que a ello dedicase sus desvelos, pese a estar prisionero y a más de 100Km de donde Jesús predicaba. Si Dios-Padre le había hecho su Pregonero, no podía escaparse, doliéndose de su trágica situación. Cuando uno está cercano a las ruinas de aquellas solitarias murallas, admira aun más la heroicidad y utópica convicción, que de sí mismo tenía el Bautista.

El evangelio del domingo pasado nos describía la austeridad de su vida y la audacia y modo de su predicación. Sinceramente, no tenía asesor de imagen, ni dotes diplomáticas. Era, según criterios generalmente aceptados, el menos dotado para contagiar una doctrina. Incapacitado totalmente para titularse en marketing. Hoy en día, no cabría en ninguna lista de candidatos al más menudo parlamento.

Pero además de frugal y honesto era humilde, dos cualidades difíciles de mantener hoy en día, si se quiere triunfar. Sin deprimirse por la encerrona que padecía, sin añorar deprimido e inactivo, la compañía de los discípulos que le habían rodeado en las orillas del Jordán, en la Betania trans jordanem, a los pocos que le van a visitar, les encomienda que se enteren de quien es el profeta que predica por Galilea. De sobras lo sabía él, pero el encargo, más que una información, pretendía fuera una toma de contacto con el Maestro. Fue la última actividad que pudo ejercer, de la misión que le habían encomendado.

Pronto iba a morir, no pretendía que le erigieran un monumento, deseaba que se percatasen de que Jesús era aquel Mesías del que tanto les había hablado y la mejor manera de que lo descubriesen ellos mismos y se convencieran.

Pese a que su misión apuntaba a la Eternidad, el Maestro no quiere que se ignore la categoría histórica del Bautista. Las palabras que dirige a los enviados y a la totalidad de sus oyentes, hoy diríamos que era la solemne declaración de "doctorado honoris causa" en profecía, a favor del Precursor.

A medida que vamos adentrándonos en el talante de San Juan, nos damos cuenta de que los caminos del Señor difieren de los marcados por nuestra sociedad burguesa. Que su testimonio exige de nosotros una radical conversión ¿Quién de vosotros está dispuesto a imitarle? No os olvidéis, mis queridos jóvenes lectores, que nosotros hemos recibido los sacramentos. Un bautismo superior al que él administraba. Una unción de la que él nunca gozó. Un manjar, la Eucaristía, que aun siendo inferior en tamaño a los saltamontes o y la miel que goteaba de las colmenas silvestres de las que se aprovechaba, es nutrición espiritual de infinito más valor. De aquí el último párrafo que leemos hoy: pese a su grandeza, el cristiano más pequeño, le supera en categoría de su fornida y sólida naturaleza, lo cual no significa que le gane en santidad personal.

Padre Pedrojosé Ynaraja